

rio Vigón, equipo de sus amores, y por eso no es extraño que frases como «ascendimos a Primera División», «jugamos el domingo» o cosas por el estilo formen parte de sus conversaciones.

Pero aquellos primeros fundadores se fueron marchando poco a poco; Antonio «El Diente» se quedó solo «buscando a gente», como él dice. Y empezaron a unirse nuevos miembros, «El Rata» y su mujer Mari Nieves, «El Chele», que a base de brochazos ha conseguido darle los colores del Caserío a un buen montón de trapos y objetos que ya son patrimonio de la peña; «El Caballo», «El Rockero», «El Trompeta», Juli... En total unos 15 ó 20, muy pocos, según comentan, a los que se suman en cada partido muchos jóvenes a los que les gusta su «marcha» y que comparten la grada lateral con ellos.

Han conseguido que los partidos del Caserío sean una fiesta total.

Cuando salen a la pista los jugadores del Caserío Vigón parece que se viene abajo el pabellón, tal es el ensordecedor ruido que provocan los «ultras» con tambores, bocinas y trompetas, además de los petardos que se lanzan antes de comenzar el encuentro y que se repetirán a lo largo del mismo «es con lo único que hemos tenido problemas, aunque nunca los tiramos a la cancha».

¡Caaaserío! y las palmas y tambores acompañan el grito casi de guerra que comienzan los Ultra Flay. El público, compuesto por hombres, mujeres, niños, se ponen en pie cada vez que el Caserío marca un gol. Y siguen así hasta el último, aplaudiendo casi con fervor los aciertos del equipo y animando a base de una serie de consignas que han conseguido implantar entre todos los asistentes.

Enfrente de los Ultra Flay se sientan los jovencísimos miembros de las «Brigadas Amarillas», cuya mascota, un monito de peluche vestido con la camiseta del equipo, vuela cada vez que marcan un gol. Los Ultra Flay no tienen nada contra ellos, e incluso les animan a que se unan, porque están abiertos y admiten a todos.

No son violentos, por eso odian



Enfrente de los Ultra Flay se sientan los Brigadas Amarillas.

cualquier tipo de violencia en las gradas, incluso echarían a alguien del pabellón polideportivo si le vieran lanzar algo a la cancha; «cortaríamos cualquier agresión». Sólo con una cosa están en desacuerdo, con la presencia de la policía en el terreno de juego.

Son broncas, como ellos mismos se definen y admiten de buen grado a todos aquellos que toquen cualquier instrumento, y desde tambor a trompeta, pasando por las bocinas. Ellos ya llevan una, que accionan mediante la batería del coche, «a mil duros por partido me está saliendo», dice «El Diente», «porque la gasto entera». Cuentan, entre risas, que estuvieron a punto de quedarse tirados en Santander porque la batería se les descargó de tanto pitar durante el encuentro.

Pero la animación no termina cuando acaba el partido. Los Ultra Flay, si ha ganado el equipo, montan en los coches y se dirigen al centro de Ciudad Real, en caravana, con las banderas por fuera de las ventanillas y haciendo sonar el claxon de los co-

ches, a veces, hasta las siete de la tarde.

«Nosotros estamos con el público para animarlo», aseguran los miembros de los Ultra Flay. Y el público con ellos, siguiéndoles en todo, incluso en la formación de la difícil y popular «ola» humana que llevan varios partidos intentando que resulte, y que por lo menos de una vuelta completa en todos los graderíos. Cuando jugó el Caserío frente a los del Espárragos de Navarra consiguieron que esa ola diera cuatro vueltas paseándose por las gradas. Todo un éxito.

Los Ultra Flay, nombre derivado de la máxima jugada en el balonmano, pero que ellos adoptaron para la peña buscándole también un doble sentido, siguen agitando las banderas amarillas y blancas aunque les duelan las muñecas. Están entregados por completo a los colores del equipo, y si éste asciende no sería extraño que se cumpliera una de sus ilusiones, que Don Quijote, en la Plaza del Pilar, ondee la bandera blanca y amarilla.

BEATRIZ FERNANDEZ



«Sólo queremos animar al público en los partidos» afirman los Ultra Flay.